

LA SIMPLIFICACIÓN EN LA ERA DEL SINCRETISMO: ALGUNOS PROBLEMAS DE PERCEPCIÓN PSICOSOCIOLÓGICA DE LAS ABREVIATURAS

SIMPLIFICATION IN THE ERA OF SYNCRETISM. SOME PSYCHO-
SOCIOLOGICAL PERCEPTION PROBLEMS OF ABBREVIATIONS

ENRIQUE GASTÓN*

Resumen: La presente investigación trata de ubicar al conjunto de los emblemas en el seno de las teorías de la comunicación. Como tales los emblemas son una simplificación de una realidad más compleja, una representación sincrética de toda o de parte. Consiguientemente, como abreviatura de ella, muestran un desarrollo más limitado y deficiente que la palabra. Su lenguaje puede ser, por tanto, menos articulado y rico, debiendo ser complementado por su contexto. Sin embargo, el mero placer de conversar y la necesidad de informar, unido a la velocidad de nuestro tiempo lleva a que ambos lenguajes (la palabra y el emblemático) muden con cierta celeridad y aumenten su imprecisión. Tendencia que probablemente se mantendrá en la larga duración.

Palabras clave: emblema, palabra, lenguaje, significado, tiempo, evolución.

Abstract: This research aims to locate emblems as a whole within the communication theories. As such, emblems are a simplification of a more complex reality, a syncretic representation of all or part. Consequently, as an abbreviation of the latter, they show a more limited and deficient development than the word. Their language may, therefore, be less articulated and rich, and must be completed by the context. However, the mere pleasure of conversing and the need to inform, together with our fast-moving times, leads both languages (the word and the emblematic language) to move quite quickly and increase their lack of precision. A tendency that will probably be maintained for a long time.

Key words: emblem, word, language, meaning, time, evolution.

Estudiar los emblemas braquigráficos plantea una serie de problemas no resueltos en las ciencias sociales, especialmente si se intenta situarlos en teorías más generales de la comunicación. Enfrentar lo simple con lo complejo y tratar de captar lo que de ordenado pueda haber en lo sintético, por una parte,

* Profesor Emérito de Sociología.

con lo caótico de la percepción fenomenológica, por otra, mostraría hasta qué punto la sociología estaría llegando a sus límites.

El arte de simplificar estaría entre lo natural y lo cultural a la hora de poderlo considerar como una motivación universal: ha existido siempre, se encuentra en todas partes, puede observarse en animales (cuando tratan de cazar, huir, buscar comida o cortejar a las hembras) y ayudaría a sobrevivir. Como mínimo sería eficaz para sobrevivir en muchas circunstancias.

Simplificar resultaría lo más racional en muchos casos. No en todos. Esto indica que el gran problema teórico de la ciencia braquigráfica, lo que le haría pasar de una técnica a una amplia teoría, estaría en la percepción de lo simplificado; y no tanto en el arte de sintetizar.

Una vez más me siento orgulloso de citar al Maestro Eugenio Frutos Cortés, en su *Sociología de Ortega*, cuando comenta lo exuberante de los mensajes. Si simplificar es siempre deficiente, percibir resulta exuberante. Los emblemas, como las siglas, como los acrósticos dicen menos de lo que intentan decir. Por el contrario, cuando de percibir se trata, dan a entender cosas que van más allá de lo que dicen. Este hecho, que podría considerarse una ley científica y que permitiría radicalizar, utilizando la palabra «siempre», sería también aplicable a toda clase de mensajes. Lo hizo Ortega y Gasset: «todo decir es deficiente...».

La exuberancia de los mensajes, ya sean amplios o simplificados, racionales o emocionales, se debería a dos cosas distintas que, a la vez, serían bastante concretas. Por un lado la unicidad humana; y por otro la percepción fenomenológica: el que unos seres, que somos y seremos siempre diferentes, además percibamos los mensajes alterándolos, cada uno a su manera, siguiendo unos patrones de atribución causal, que no son, ni mucho menos, regulares, supone una dificultad casi insuperable para las Ciencias Sociales.

Como en la Teoría del Caos, el punto de partida es impreciso, el azar existe también en la comunicación simplificada, y la llegada, como la «saeta voladora» o las «hojas del árbol caído», del poema de Gustavo Adolfo Becker, no se sabe dónde será.

Tres ejemplos: 1°. **Una niña adolescente** se comunica con otra compañera desde su móvil. Está en clase, la podrían sorprender, escribe con prisa. Hace toda clase de contracciones de palabras e incluso tiene un código propio para poderse entender con las amigas. Simplifica al máximo. 2°. **Un nuevo emprendedor** acaba de descubrir algo con lo que sueña hacerse rico. Llama a un amigo muy imaginativo y le pide consejos sobre cómo presentar su producto. Algo que refleje quién lo hace y de qué se trata. 3. **Un profesional** tiene que hacer una instancia dirigida a un señor muy importante, no sabe si escribir diciendo Sr. (con una S mayúscula, una r minúscula y un punto; o Excmo. Sr. (con E mayúscula) x, c, m, o (todas minúsculas) y el citado Sr. Al final, llama a un amigo que es Diplomático, quien le dice: no se te ocurra, pon Excelentísimo, con todas las letras. No simplifiques.

Sobre el primer caso, lo que se transmite desde el móvil puede estar preñado de emociones, pese a lo limitado del lenguaje. Y su especial pobreza. Apenas hay adjetivos ni matizaciones adverbiales. Tal vez no se hubiera llegado a escribir si no era así. Esperaba una respuesta tan rápida y espontánea como su frase. Y tan mal escrita. Respuesta a la que ella respondería de la misma manera. Bastantes soldados de la Primera Guerra Mundial, la gran guerra, se comunicaron así, con códigos improvisados, pendientes siempre de ser descubiertos. Debieron saber que había códigos más elaborados. Jeroglíficos perfectos que ya sabían descifrar los antiguos egipcios. Sin embargo, por encima de tantos recursos culturales estaba el natural arte de simplificar cuando la ocasión lo propicia.

En el segundo caso, el del empresario, el mensaje tendría una mayor carga racional. Siempre tendría el regusto emocional del placer de ver algo bonito asociado con su creación; y la vanidad de que lo hermoso se refiriera a su persona. Sin embargo, lo fundamental era conseguir eficacia para difundir más y mejor, para vender más y para ganar más dinero. La Braquigrafía permitía cumplir con los objetivos racionales. Permitía ahorrar papel y soportes comunicativos de todo tipo: menos tiempo en la radio, mayor impacto en la televisión, pues se conoce empíricamente la capacidad estadística de atención, de los consumidores, ante el fenómeno publicitario. Una atención que no suele pasar, ni en niños ni en adultos, más de quince segundos. Lo que sea tiene que impactar en muy poco tiempo. Tiene también que dar una imagen lo más positiva posible.

El tercer caso resulta muy expresivo: puede ser el de un desempleado que busca trabajo en la administración, un preso que intenta conseguir un indulto, o un ministro que tiene que hacer la pelota a sus jefes para conseguir aumentos presupuestarios. En este caso, como en casi todos los relacionados con cuestiones protocolarias, habría una asimetría en las relaciones sociales. Una estratificación social vertical. Alguien ve con respeto o considera superior a otro. En general, quien pide un favor a quien puede concederlo. Cuanto más expresivo sea el tratamiento, y cuanto más gorda sea la forma de dirigirse al que se cree más gordo, más fácil será que se consiga cierta simpatía del receptor. Es un decir. En este caso el consejo del diplomático sería correcto.

Estos tres ejemplos, y podrían darse muchos más, tienen en común bastantes cosas; pero en la variable cultural/natural y en la que va de lo racional controlado (o controlable) a lo caótico y al puro azar, las diferencias podrían ser notables.

Desde el punto de vista sociológico, en la braquigrafía el análisis causal casi coincide con el teleológico. Preguntar el por qué y el para qué de la contracción de los signos y símbolos, es decir, al origen y a su finalidad es invitar a que respondan lo mismo. Sucede parecido si se inquiere sobre lo cultural y lo natural. ¿Hasta dónde llega cada uno? En la niña del primer caso la razón de su simplificación lingüística y sus contracciones de palabras

estaría en «satisfacer el deseo o necesidad de comunicar con urgencia, en circunstancias especiales». Esa sería la causa. Y su estudio científico tendría que seguir pautas metodológicas propias del análisis causal. «Si X, entonces Y». Reduciéndolo un poco menos, Si X1 (por ejemplo el componente emocional) y X2 (el racional de la comunicación sobre terceros, o X3, el de advertirle a las amigas sobre peligros, etc.). La respuesta sería la misma: ¿Para qué? Pues exactamente para «satisfacer el deseo o necesidad de comunicar con urgencia, en circunstancias especiales».

Hay una comunicación simbólica y las personas tienen ciertas actitudes hacia ella. A unos les gustarían más, a otros menos y a otros les dejaría indiferentes. Estas actitudes no serían de respuestas fijas (por ejemplo: sí, no; me gusta, no me gusta, etc.). Tendrían una valencia: me gusta un poco, mucho, muchísimo; o poco, poquísimo, nada en absoluto. Habría, eso sí, el punto neutro de la indiferencia. El caso es que la humanidad, cuando no era ignorante o indiferente, valoraba los lenguajes simplificados. Resultaba difícil escapar de ellos cuando se le presentaban. Por fortuna, cuando las civilizaciones estaban poco desarrolladas había pocos signos que podrían calificarse de braquigráficos; pero tenían una influencia más decisiva, seguramente. La exuberancia de sus significados debía ser enorme. Lo mismo que su carácter coactivo.

Cuando se trataba de actitudes hacia el poder, especialmente si se trataba del poder sobre los dependientes, interesaba que los signos comunicativos fuesen muy claros, difíciles de olvidar y que reflejasen cierto carácter coactivo. Habría que respetar lo simbólico, hasta el punto de considerar lleno de contenido el propio símbolo. Tal como sucede en algunas religiones, en las que los iconos no son representaciones de deidades, sino las deidades mismas. La comunicación simbólica pasaría de lo articulado a lo real. El contenido coactivo estaría en lo lingüístico pero también en muchas otras cosas: ir vestido de una u otra forma, saber comer con cuchillo y tenedor, conocer el protocolo para relacionarse con los superiores o con los dioses, etc.

Estas actitudes se han podido medir, pero lo más importante es que se han podido formar y cambiar. Los pueblos primitivos, con un escaso lenguaje articulado, aunque mucho mayor de lo que se suele suponer, tuvieron que tener un especial interés por los signos braquigráficos y por la exuberancia de sus efectos. Detrás de algunos signos podía estar reflejada la vida cotidiana de algunas relaciones políticas y sociales. Véase *El proceso de civilización*, de **Norbert Elias**, por ejemplo, o la *Teoría de la clase ociosa*, de **Veblen**, y la importancia de los símbolos de estatus.

La gran cuestión es que cuando se formaban estas actitudes afectaban a los individuos y su comportamiento, esta es una parte importante; pero afectaban también, y de forma más poderosa, a las colectividades. No se podía desperdiciar la oportunidad de que el grupo aumentase la coacción. Véase el caso de los uniformes o el de la simbolización de jerarquías.

En la formación de actitudes un componente importante es lo que a cada uno le dicen. Este componente ha ido aumentando con el tiempo en cantidad. Es dudoso que lo hiciera en intensidad. Una parte habría sido más o menos estable, la conversación con la familia, con los amigos o los conocidos; ésta, normalmente no debió ser simplificada. No tenía otros límites que la falta de riqueza lingüística, de pensamiento o de cultura; pero la parte más pública, la que se compartía con la mayoría de los ciudadanos, debió tener, desde el púlpito de las iglesias cristianas, o del equivalente de otras religiones, un poder de difusión enorme. Un ejemplo del tercer milenio antes de Cristo, el del *Campaniforme*, que se extendió desde los Urales hasta el sur de Portugal; y desde Noruega y Finlandia hasta Creta, el Algarbe portugués y la cornisa del Norte de África. Mucho más grande que la Unión Europea actual y que el Imperio Romano, por dar ejemplos. Se puede pensar que eran pueblos que se desplazaban e iban imponiendo su cultura. Y así se pensó durante bastante tiempo; pero también que lo que se extendía era simplemente una moda, un criterio, tal vez religioso, un estilo, unos objetos materiales muy simplificados, que siempre serán insuficientemente estudiados: como algún collar en forma de lúnula, algún puñal de cobre, los adornos del vestuario de algunas mujeres u hombres, los trazos geométricos sobre su cerámica, las imágenes de orantes, sus bailes para comunicarse a grandes distancias, que según la hipótesis de **Rudolf Laban**, constituirían uno de los primeros lenguajes articulados. Y que necesariamente tenían que ser muy codificados y muy simples.

Además de lo que otros transmitían estaba la propia experiencia. Desde que el individuo nace. Sería la parte innata de la simplificación. Una motivación próxima a la de la supervivencia, que formaría parte de lo racional o de lo instintivo: al tener que repetir algo se procedería a reducir esfuerzos, a repetir lo exitoso y a evitar lo molesto. Los teóricos de las Actitudes Sociales suelen añadir, como tercer agente de la formación, la pertenencia a grupos. Por mínimo que fuera el gregarismo, un altísimo porcentaje de los humanos tendería a juntarse. El interés por integrarse en los grupos supondría también interés por participar en sus señas de identidad. Esa actitud implicaría la de aceptar la experiencia simplificadora de los otros. Sus símbolos y el contenido de lo simbolizado. Por otra parte, quien entra en un grupo va a recibir una mayor información de lo que al grupo interesa. De la misma manera que quien cambia de grupo recibirá presiones para olvidarse de los anteriores para mejor integración en el nuevo.

Situándose en este contexto hay una palabra de gran importancia sociológica: **sincretismo**. Ya no se trata de reducciones que afectan a un signo y a una o varias personas que comparten el significado de lo que se simboliza, sino una constelación de actitudes. Nadie tiene una sola. Las actitudes son hacia toda clase de personas, objetos o ideas y sentimientos. Puede hablarse de un mundo de abreviaturas, simples o compuestas, palabras cortadas, contracciones, signos volados. Pero el sincretismo significa más que eso. Significa

que en una comunicación cualquiera podría haber una verdad a medias. Una comunicación parcial que podría ocultar o incluso ocultaría el resto de parcialidades. Detrás de un signo braquigráfico estaría lo que se había quedado fuera de la simplificación. En la mayoría de los casos no tendría demasiada importancia, ya que los signos resultarían muy precisos; pero como no se trata de un signo y una abreviación, sino de muchos signos abreviados, estaríamos ante una cultura abreviada.

Un ejemplo de lo que se intenta decir: imaginar una carrera universitaria de cinco años con veinticinco asignaturas. Una con otra tienen un promedio de treinta lecciones y cada lección cuenta con cuatro o cinco apartados. Un estudiante muy trabajador terminará sabiendo un poco, por ejemplo, de la vida de unos pocos escritores y algunas de sus obras principales. Siempre un poco. Al final del curso, para que puedan realizar la evaluación del profesor se les harán unas cuantas preguntas, entre las que figurará si «se ha completado el programa» (cada universidad lo haría de una u otra forma). Lo importante ya no es si el estudiante al final llega a captar un panorama general de lo que se ha pretendido; sino que habría tenido una visión parcelada del mundo, porque cada uno de los temas se le habrían entregado de manera parcelaria.

Piénsese en los noticiarios, sean de prensa, radio o televisión. Por influencia de las cadenas de noticias más importantes del mundo (¿Podría hablarse de las cadenas dominantes?), las noticias se difundirían con una estructura propia del sincretismo. Un poco del gobierno, de la sociedad, de acontecimientos importantes, de la economía, de la «prensa propia del corazón», de deportes, ocio, un poco de cultura, el tiempo que hace y el que va a hacer. No puede sacrificarse la amenidad, porque supondría prescindir de audiencia. Una audiencia acostumbrada a la simplificación cotidiana estará expectante ante nuevas simplificaciones. Y esto implicaría un aumento de la **impasibilidad ante los grandes problemas**, ya que el sincretismo tiende a igualar en intensidad las actitudes de cada uno. En bastantes casos, las repeticiones de informaciones o de formas de comunicar no aumentan la valencia de los contenidos de lo informado, sino que generan impassibilidad. Hacen perder importancia a lo que se intenta fomentar. Hay un ejemplo clásico que la UNESCO investigó en numerosos países. Es el caso de la violencia dirigida al niño, en el cine y la televisión. En principio aumentaría la violencia de estos niños cuando llegaran a la adolescencia o a la edad adulta. No se pudo constatar. Lo que sí se demostró es que aumentaba la impassibilidad ante la violencia, lo cual seguiría siendo muy grave. Se fomentaría la pérdida del sentido crítico.

Sería esta impassibilidad que acompaña al sincretismo la que a su vez ayudaría a **homogenizar lo diverso**. Las noticias más contradictorias se recordarían juntas, porque juntas se presentaron ante la audiencia, pese a que su contenido fuera opuesto o no tuviera nada que ver.

Los lingüistas de finales del siglo XIX se adelantaron en muchas de estas consideraciones al tratar del **lenguaje emotivo**. El debate sobre si lo braquiográfico tiende a lo racional, mientras que si se desglosa el contenido con detalle, dejando espacio para sutilezas, que supondrían adornos, se prestaría más a introducir emociones. La **expresividad** de los gestos puede confundirse con la **función emotiva** del lenguaje. Y las valoraciones interpretativas van cambiando a la misma velocidad que las modas, y acompañan a la **percepción fenomenológica y a la atribución causal**.

Los lingüistas juegan con ventaja ante los sociólogos por bastantes razones: estudiar signos articulados lleva a plantearse reflexionar sobre los significados de tales signos. Por otra parte, bastantes escuelas y trayectorias lingüísticas han planteado las dificultades de pensar sin un lenguaje articulado, sobre todo desde **Humboldt**, y en España desde la tesis doctoral sobre **Humboldt** que hizo el poeta y Profesor de Estética **José María Valverde**.

En la Universidad de Estrasburgo se estudiaba Lingüística en la carrera de Sociología, para quienes no tenían intereses por lo cuantitativo, los cuales podían matricularse en Estadística.

Quienes nos interesamos por las relaciones humanas y su comportamiento, cuando leemos textos de **Semiología** no podemos evitar reacciones espontáneas del tipo de: «Caramba, si estos señores ya lo habían dicho antes y seguramente mejor». Pero nos sigue quedando la oportunidad de plantear las cosas, simplificando, desde otros enfoques.

Se puede convenir, al menos desde el punto de vista analítico, que se puedan separar las peculiaridades racionales de las emocionales. Aunque no se trate de un imperativo categórico. Dentro del material lingüístico puede hablarse de lenguaje emotivo y de funciones expresivas, como algo que se alejaría de la racionalidad pura. Ya en el siglo XIX se discutió y publicó tanto sobre el origen del lenguaje, que la Sociedad Lingüística Francesa prohibió oficialmente en sus congresos cualquier ponencia que tratase, una vez más, del origen del lenguaje. Las interjecciones y las onomatopeyas pasaban a ser condensaciones prelingüísticas de la función emotiva. Lo que desencadenaba las emociones serían fenómenos naturales. El mundo psico-fisiológico se oponía al lógico técnico. Las funciones expresivas se alejaban de las representativas y de las apelativas. Hoy, las barreras entre estas tres funciones se mirarían con más cautela. Detrás de lo que preocupaba a los lingüistas estaba el estilo y la vida misma. **Edward Stankiewicz**, cita a **L. Spitzer** y a su artículo sobre la «Confusión» (de 1957), una crítica pionera sobre estas separaciones.

Ahora se trata de reconocer los esfuerzos que hicieron los científicos del lenguaje, para plantearse que, en lo que hacían y a partir de lo que hacían estaba el estudio de todo lo humano.

Para que se produjera la secuencia: grito, lenguaje, canto y danza, el lenguaje articulado había requerido una maduración cerebral y bastantes adaptaciones de la laringe humana, para que se llegara al pensamiento y a la praxis.

Próximas a las invariantes glotónicas estarían:

1. Los sonidos y gritos
2. Las interjecciones
3. Las onomatopeyas

Y aquí se incluirían los gestos, los movimientos y la danza.

4. Las palabras articuladas
5. los diálogos y finalmente el
6. Discurso racional

Al finalizar esta secuencia se requeriría más abstracción, una mayor capacidad simplificadora y codificadora, y, en síntesis, la braquigrafía.

Este paso que va desde el homínido que da gritos hasta el que simplifica al máximo el lenguaje más racional, después de haber pasado por comunicaciones amplias, permite plantearse los requisitos de tal lenguaje racional y ver que la respuesta sería teleológica. Para qué. Y esta respuesta no sería la misma para las ciencias naturales que para las sociales. Lo positivo se enfrentaría con lo fenomenológico.

Los receptores del mensaje son distintos y perciben de manera diferente. Lo de las emociones es cierto, como lo de la intencionalidad y lo de las situaciones. Todo esto alteraría como mínimo, el método necesario para su estudio correcto. Se compartiría la existencia del azar y eso llevaría a la Teoría del Caos.

Hay muchas razones para racionalizar el lenguaje:

- a) Conseguir una mayor precisión.
- b) Permitir una mejor comunicación entre los científicos.
- c) Ahorrar tiempo
- d) Ahorrar espacio
- e) Ahorrar costes económicos, y
- f) Valoraciones no objetivas: lo más racional sería más estético, lo más respetuoso, elegante, decoroso, pudoroso, sensual, divertido, etcétera.

Tratando de responder a estas razones, las cinco primeras conducirían a un lenguaje muy parecido al científico-matemático. Si la razón es cuantitativa, los sonidos que más se tienen que repetir tendrían una vocal o una sílaba, los siguientes dos, los siguientes tres, etcétera. Como en el mundo hay muchos idiomas diferentes se podría hacer una ponderación en función de las personas que hablan cada uno. Como hay desigualdades entre dichos países dichas lenguas y dichas personas, se podría ponderar también para tener en cuenta quiénes eran los grupos dominantes y darles un porcentaje de valoración positiva. O negativa. Incluso habría que asegurarse numéricamente de que el resultado no saliera sexista, racista o xenófobo.

En los años sesenta, la revista *Futurist*, de la Asociación Internacional de Prospectiva, publicó estudios sobre las experiencias de racionalizar un idioma, desde el *Esperanto* de **Zamenhof** hasta fórmulas parecidas a lo que se acaba de exponer. Ya en aquella época había ordenadores que podían ocu-

parse de la labor. Frente a las eventuales ventajas que acabo de exponer había una de interés fundamental para los sociólogos. Los lenguajes estaban hechos por las personas. Y las desviaciones de estos idiomas crean dificultades y desconciertos en la comunicación de estas mismas personas. De nuevo lo emocional vuelve a estar presente. Independientemente de las dificultades técnicas.

Hay otro argumento en contra de estas cuantificaciones: el relacional. La vida de los homínidos está hecha de relaciones, para las cuales el lenguaje es fundamental; pero una vez que hemos conseguido comunicarnos seguiría habiendo dificultades para nuestras emociones. El miedo, el apego, el amor, la alegría y tristeza, el orgullo son emociones muy relacionadas con las dimensiones de **Poder** y de **Estatus**. En este sentido resulta fundamental la obra de **Theodor Kemper**, *El análisis relacional de las emociones*. Kemper entendía, siguiendo a **Max Weber**, que el poder consistía en hacer lo que uno quiere, aun en contra de los deseos e intereses de los demás; y el Estatus sería la cantidad de deferencia no coactiva que cada uno pueda conseguir de los demás. En la medida en que siempre que se juntan distintas personas habría asimetrías de poder y de estatus, estas dos dimensiones condicionarían dos emociones esenciales. Sobre todo para la Microsociología: las emociones de **orgullo** y **vergüenza**. Las dos influirían en una emoción positiva, la **alegría** y otra negativa, la **tristeza**.

El poder así entendido no suele ser permanente ni estable. Siempre está presente y con frecuencia lo detentan las mismas personas. Aunque no siempre. Las desigualdades que generan también pueden ser cambiantes, incluso entre las personas que se tienen más afecto y que serían consideradas como iguales. Sea una familia, una pareja de novios muy enamorada o dos personas con asimetrías de poder reconocida (amo y esclavo, un general y un soldado, el carcelero y el preso). Entre los de desigualdad no reconocida, por ejemplo entre amigos o enamorados siempre hay momentos en los que uno puede conseguir algo que no coincidiría con los deseos del otro: «qué hacemos esta tarde», «qué vamos a comer hoy», «dónde iremos a vivir». Uno puede conseguir que ceda el otro; pero no significa que al día siguiente las decisiones puedan ser las mismas. De no ser así se habría consolidado una desigualdad conflictiva.

De la misma manera, si uno ha sido invitado a una fiesta (sigo un ejemplo de Kemper) y lo reciben con afecto, le presentan a nuevos amigos, le ponen una copa en la mano, le dan conversación, le escuchan con atención e interés lo que dice, lo que sucede es que le habrán aumentado su estatus. Por el contrario, si desde que llega nadie le saluda, es ignorado, nadie le ofrece nada, no le escuchan cuando habla y no le ofrecen de comer o beber, le habrán bajado el estatus. En principio, el fin de la fiesta era divertirse y en consecuencia se debería volver contento y alegre, pero en función de la deferencia recibida podría salirse triste, deprimido y aburrido. El ejemplo contrario podría ser el de quien asiste a un entierro. Lo previsto sería estar triste. Alguien con quien

se tenían lazos de afecto ha fallecido. Sin embargo, si el difunto ejercía un poder insoportable y humillante, lo previsto en los entierros, que sería estar triste, se convertiría en alegría.

Estas dos dimensiones de poder y estatus habrían condicionado otras muchas, no solo alegría y tristeza, sino seguridad e inseguridad, temor, autoestima, incluso autoconcepto, y algunos efectos secundarios, tales como alteraciones corporales, rubor, sudor de manos, llanto.

Algunas manifestaciones de la dimensión de poder pueden reflejarse en simplificaciones lingüísticas, como siglas y acrónimos. Lo mismo puede decirse de los símbolos de estatus. Ir vestida o enojada de determinada manera, ir acompañado de una mujer florero, que sería un símbolo medieval de estatus, o acudir con lacayos, guardaespaldas, coches de lujo, caballos de razas especiales, etcétera, son formas de simplificación muy eficaces que también podrían ir acompañadas de emblemas braquigráficos, pero otros no. La gran mayoría no. Se requeriría un lenguaje incluso muy adornado para poder reflejar todo este mundo emocional y relacional.

Estatus y poder han sido cuidadosamente estudiados por los grupos dominantes de cualquier sociedad. Desde tatuar o cicatrizar a presos y esclavos, hasta poner una cofia a las sirvientas, casi siempre mujeres, o unos pendientes especiales a las amas de cría. Todo esto está tan unido a la vida cotidiana, que el lenguaje emocional, como una contra-gramática y como una desviación de la primacía de la gramática, fue muy criticado por los partidarios del lenguaje representativo y objetivo. El carácter no sistemático de lo emocional hizo que no se aceptara como área legítima de investigación. **Hjelmslev**, ya en 1928 reaccionó contra estas separaciones en sus *Principios de Gramática General*. «*En nuestra opinión, es peligroso establecer por adelantado una distinción entre los elementos gramaticales, por un lado, y ciertos elementos extra-gramaticales o afectivos, entre un lenguaje intelectual y otro afectivo. Los elementos extra-gramaticales o afectivos pueden en efecto obedecerá reglas gramaticales que todavía no hemos conseguido encontrar* (la traducción es mía, a través de la versión francesa de **Edward Stankiewicz**).

La riqueza de lo no racional aparece a la hora de traducir los textos. Los matices emotivos de una lengua están tan unidos a la vida de la sociedad que los sustenta que, con frecuencia resultan imposibles de traducir.

El debate no estaría entre complejidad y simplicidad del lenguaje. La siguiente cita es **Sapir**, tomada en este caso del capítulo sobre el «Lenguaje», de la obra, *La preferencia de lo primitivo*, de **E. H. Gombrich**:

«Fue concretamente en un estudio sobre el lenguaje donde se descubrió que el concepto de escala ascendente de complejidad resultaba inadecuado. «*El más humilde bosquimano de África del Sur habla con las formas de un rico sistema simbólico que en esencia es perfectamente comparable al lenguaje de un francés culto* (1921). (...) Aun aceptando que no podemos ordenar los idiomas del mundo en una escala ascendente, existe no obstante una

escala descendente reconocible, ya que los hablantes simplifican y desmantelan de diversas maneras las estructuras de un idioma cuando tratan de comunicar sus pensamientos. Lo que ocurre en estos casos ha sido formulado escuetamente por **Roman Jakobsen** como «la desaparición de los marcadores espacio-temporales de relación» (Gombrich, 2003, 280).

Se ha comparado la labor de los semiólogos con la de los profesionales de la Histología. Ambos diseccionan un fragmento de un organismo vivo. Los histólogos, para investigar la estructura y funcionamiento de los tejidos. Los semiólogos, para estudiar los tejidos-de-sentido constructores de realidad. Este tejido articulado que interesa a los semiólogos es **la significación**. Las acciones humanas estarían provista de significación, o como mínimo de una **voluntad significativa**. Una intencionalidad que podría ser subjetiva u objetiva. No gratuita. Y en este caso habría que decir que no solo el lenguaje. Otras muchas acciones. A diferencia de los histólogos, cuyo análisis del funcionamiento de los tejidos podría ser, tal vez, significativo en sí mismo, los fragmentos expresivos del lenguaje requerirían el sentido completo (Óscar Quesada Macchiavello, 1991, 14).

Estos postulados significarían que los signos braquigráficos no podrían separarse de la frase, como tampoco puede separarse la frase del discurso ni el discurso de las personas que lo emiten. Tampoco son ajenos a las variables espacio-temporales

En el arte, después de la decoración de las faldas (**tapas**) de las mujeres de la tribu pigmea **Mbuti**, de unos pocos cuadros de **Paul Klee** y **Picasso**, de los **post-constructivistas rusos** y especialmente del **movimiento suprematista**, apareció un arte abstracto que dio la primacía a los signos y en concreto a signos geométricos mínimos. Coincidiendo con el **Minimal Art**. Se trataba de una simplificación muy racional que hacía recordar ciertos símbolos prehistóricos. Estas pinturas tenían un contenido detrás, que podía partir de esquemas sacados de realidades o hechos por sublimación de realidades, como los sueños. Detrás de las Tapas Mbuti había normas muy rígidas que las muchachas debían aceptar: No serían figurativas. Ninguna tenía que parecerse a otra, ni siquiera a las de su hermana gemela o su madre, porque eran las señas de identidad de las portadoras de la falda. No habría simetría ni uniformidad. Es cierto que había alguna regularidad, en los casos menos imaginativos; pero la estética **Mbuti** se distanciaba de todo el arte decorativo tradicional. En gran medida podría decirse que era un arte braquigráfico, ya que los trazos no eran gratuitos. Significaban algo para las portadoras, como lo significan las firmas de los ciudadanos occidentales de hoy. Y como lo significa el **arte gestual** de los años noventa del siglo pasado (ver **Hartung**, **Tapies**, **Manolo Millares**, **Viola** y, en Aragón, **Andrés Galdeano**, entre otros muchos).

A partir de un paisaje de **John Constable**, **Gombrich** pidió a unos niños que interpretaran la imagen. El resultado previsible es que los niños procedie-

ran a su simplificación, manteniendo los elementos que más les podían llamar la atención. La sorpresa fue cuando universitarios adultos encontraron más belleza en los cuadros infantiles, simplificados y deformados, que en la obra maestra original, que se encuentra en la Galería Nacional de Washington. Las alteraciones de perspectiva, los colores menos reales aunque más vivos, los desequilibrios que aparecieron en la pintura infantil llamaron especialmente la atención. El mismo experimento fue realizado por un maestro italiano con los niños de una escuela de Milán, a partir de *El entierro de santa Catalina*, de **Luino**; y con la *Danza de los amorcillos alrededor de un árbol*, de **Francesco Albani**. En este último caso con un niño bastante más pequeño. El resultado fue que se buscaba más la frontalidad y la simetría. Y no faltó quien consideraba que las obras simplificadas e inexpertas de los niños también mejoraban los originales.

Tanto el turista como el profesional que se enfrentan con las pinturas prehistóricas, tanto las paleolíticas como las neolíticas, pueden encontrar significados braquigráficos en las cuevas.

Los experimentos empíricos de **Pavlov**, **Thorndike** y **Konrad Lorenz**, demostraron que la percepción y el aprendizaje pueden ser activos o condicionados. En el lenguaje se producen los dos procesos distintos, En ambos, por prueba y error, hasta los invertebrados pueden encontrar sentido a sus acciones. En el caso de los humanos, los niños y también los animales pueden ser condicionados, como hizo Pavlov, para quienes repitan o incluso adelanten acciones no pensadas. Esto bastaría para desconfiar sobre algunas dicotomías que frenarían el desarrollo científico y redujeran las satisfacciones ante la vida. Dicotomías tales como lo sobrio frente a lo adornado, lo conciso frente a lo detallado, lo natural frente a lo cultural, lo expresivo frente a lo descriptivo. Si estas separaciones se radicalizan supondrían un freno al pensamiento, como sucede con la mayoría de los mensajes cerrados.

Para terminar voy a plantear un escenario de futuro y arriesgar algunas tendencias. Supongamos un horizonte temporal del año 2050:

Presumiblemente, si no hay alguna catástrofe o guerra, viviremos más tiempo y más deprisa.

Hablaremos con un lenguaje igual de impreciso, por el placer que seguirá produciendo **conversar**. **La tertulia** seguirá siendo uno de los mayores placeres de la humanidad. En un continuo que irá de lo más íntimo y familiar, a las tertulias más relajadas o acaloradas. Podría haber un pensamiento más abierto. Y salvo en el terreno científico y el jurídico, se seguirán integrando las motivaciones expresivas, con las apelativas y las descriptivas. Los educadores oficiales de niños tal vez habrán descubierto que jugando y explorando se puede aprender muchísimo. Puede haber una reacción contra la impasibilidad y la homogenización de la vida social. El optimismo estaría justificado.

Disculpen por haber empleado el condicional en la última frase.

REFERENCIAS

- Cleator, P. E. *Los lenguajes perdidos*. Ed Orbis, Barcelona, 1986.
- Frutos, Eugenio. «La Sociología de Ortega y Gasset». Universidad. *Revista de cultura y vida universitaria*. Números 1 y 2. Zaragoza, 1957.
- Gastón, Enrique. *Sociología del consumo literario*. Ediciones universitarias de Valparaíso. Chile, 1971.
- «Base teórica de la polémica sobre el concepto del hombre normal como enajenado mental». *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 1981.
- «Las ocultaciones como dogma en las relaciones humanas», en *Arte de ser persona. Sobre el Oráculo de Gracián*. Egido Editorial, Zaragoza, 2001.
- Gombrich, E. H. *El sentido de orden*. Gustavo Gili, 1980 (original de 1979).
- *La preferencia por lo primitivo*. Random House, Mondadori, 2002.
- Hughes, John P. *The Science of Language. An Introduction to linguistics*. Random House. 1968.
- Laban, Rudolf. *The mastery of movement*. Northcote House, Plymouth, 1950.
- Lefebvre, Henri. *Le Langage et la Société*. Paris, Gallimard, 1966.
- Marouzeau, J. «Langage affectif et langage intellectuel». *Journal de Psychology*, 20, 1923, p. 527 y ss.
- Mead, Margaret. «Vicisitudes del estudio del proceso de la comunicación total». En *Semiótica aplicada*, de Sabeok, Hayes y Bateson. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Quezada, Óscar. *Semiótica Generativa. Bases teóricas*. Universidad de Lima, 1991.
- Stankiewicz, Edward. «Problemas del lenguaje emotivo», en *Semiótica aplicada*, de Sabeok, Hayes y Bateson. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Werner, H. «A psychological analysis of expressive language». *Expressive Language* Worcester, 1955.
- Weber, Max. *Fundamentos racionales y sociológicos de la música*. Fondo de Cultura Económica, México, Varias ediciones de la original alemana, apéndice de *Economía y Sociedad*.